



la isla hacia sus lugares de origen. Durante unos días, en el Puerto, el aire retiene los olores de los asados, el ruido de las voces diversas, de la fe ingenua, el canto agreste o dulce. El próximo año se repetirá la escena. Pero hace ya bastante tiempo que la fiesta no es así. La Naval sigue cumpliendo el rito de recordar una efeméride; del castillo —ahora restaurado y embellecido— salen unas llamas que responden a otras llamas que vienen del mar. Pero aquella gente que traía el olor y el sabor de los campos, no comparece. Entre el ruido de los automóviles, surge la voz de un cantante, la voz de una plegaria o de un sermón. El Puerto ha crecido, es un bosque de cemento. Todo es bien distinto a como era hace siglos. Pese a ello, la fiesta sigue levantando su tendere popular: quizá sea el pueblo lo único que permanece. Porque ¿no hay en el aire los mismos

LA NAVAL, una fiesta de paz que conmemora una batalla

La Isleta, el Puerto, la Bahía de La Luz. En esta ensenada —como dice Claudio de la Torre— empezó la historia española de la isla. El Obispo López de Illesca pisó en 1461 el umbral de la playa, para intercambiar con los nativos algunos productos castellanos. Los canarios no parecieron muy dispuestos a cerrar tratos comerciales. El obispo reembarcó apresuradamente. Quedaron unos frailes mallorquines que deambularon por las cuevas de la isleta intentando llamar en el corazón de los nativos con las palabras del evangelio cristiano. Pronto, muy cerca de la playa, se levantó una ermita: una construcción tosca y urgente donde reunir a la reciente grey católica. La Historia creció, y el pueblo con ella. Colón escribió el nombre de La Luz (o de Las Isletas, como entonces se llamaba) en la más memorable página de esa Historia. La isla fue luego una presa codiciada. ¿Cuántos piratas recalaron por las playas de Gran Canaria? Uno de ellos, Drake, tomó como objetivo el Castillo de La Luz, situado a dos pasos de la antigua iglesia. En la batalla, la

victoria se inclinó por las armas canario-españolas: el hereje fue vencido. Un repique de campanas y una misa sirvieron para agradecer a Dios su merced. Para que esa efeméride no se perdiera, se instituyó una fiesta anual, una conmemoración que sirviera de recordatorio no sólo del fervor de Dios, sino también del apoyo popular a la causa de Dios y del Rey. Desde su comienzo mismo, las Fiestas de la Naval están signadas por esta esencia popular. Cada año, en octubre, cuando el calor empieza a ceder y el aire se hace más fresco, en muchos rincones de la isla la gente deja por unos días la labor del campo y se pone en camino en dirección al Puerto de la Isleta. Traen consigo una muestra de los frutos de la tierra, que ellos mismos han plantado y cuidado. Algunos animales domésticos (corderos, cabritos...), un temple, una botella de licor. Por las explanadas que rodean a la ermita (que crece y se hace templo), arman sus tinglados, cantan, se conocen, se cuentan sus cosas, duermen. Ven a la Virgen y se van, por los mismos caminos de

olores de asados, las mismas voces agrestes o dulces —aunque las canciones sean diferentes? Cuando la Virgen atraviesa la puerta de la Iglesia hay también una fe idéntica fija en unos ojos cuya luz no difiere de la que año tras año, durante siglos, se ha quedado en los ojos de todos los que han pasado por aquí. Las Fiestas de la Naval conservan, afortunadamente, toda su esencia. Es una efeméride de regocijo, de distensión, de paz. El hecho lejano que le dió origen se recuerda como una anécdota, carente ya de significado exacto. Porque ¿fue realmente una batalla la que motivó la Fiesta? ¿O fue la batalla un simple pretexto para fijar una fecha de convivencia? Dejemos la incógnita sin aclarar en su estado de pura especulación. Así está bien. Las intenciones del destino son inescrutables. Aceptemos la Fiesta, su regocijo popular, y alegrémosnos de que una batalla, —ganada o perdida, poco importa — dieran origen a una Fiesta de Paz.

L.S.